



ESTA CRISIS ES CRISTOLÓGICA

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=htrbsEOa58>

He preparado una reflexión a la que le he puesto un título de "Esta crisis es cristológica: Jesucristo es nuestra esperanza". Creo que la crisis que vivimos es cristológica, está motivada por haber perdido la conciencia de lo que es el don de Jesucristo para nosotros. Entonces voy directamente a ello.

Bueno, lo primero decir: **los cristianos somos cristocéntricos**. Me ha alegrado mucho escucharle al padre Ferrán esta expresión, dije: "hombre, justamente de eso pienso hablar: Los cristianos somos cristocéntricos".

¿Qué significa eso?

Pues que hemos descubierto en Jesucristo la clave de comprensión de la realidad, hemos descubierto en Él una cosmovisión desde la que todo se explica, todo se explica desde Jesucristo.

Es decir, que no entendemos a Jesucristo como la guinda del pastel, ¿me entendéis lo que significa la guinda del pastel? pues que uno pone un pastel y al final, para adornar, pone una guinda encima, pero la guinda, aunque no la pusieses, el pastel seguía siendo prácticamente el mismo pastel. No, nosotros no construimos la vida de la misma manera que quien no es creyente y luego al final ponemos una guinda, un adorno, un adorno religioso, no, sino que entendemos que Jesucristo, no es la guinda del pastel, es la piedra angular, la piedra angular en la que todo el edificio se apoya. Esa es una visión bien distinta ¿no?

Tradicionalmente se han confrontado dos cosmovisiones: por los creyentes y los ateos, o sea, la visión teocéntrica y la visión se ha dicho antropocéntrica.

1.- La visión Teocéntrica es poner a Dios en el centro, como fundamento de toda la realidad. Bueno, hay que decir que esta visión fue acusada por la modernidad de negar la autonomía del hombre, si tú pones a Dios en el centro de la vida, la autonomía del hombre queda anulada ¿no?, incluso su propia dignidad. Y, sin embargo, el tiempo ha demostrado que Dios no únicamente no anula la autonomía del hombre o la dignidad del hombre, sino que más bien la garantiza, la garantiza,

garantiza la propia libertad del hombre y su autonomía. O sea, que por una parte está la visión teocéntrica.

2.- Y por otra parte está la visión Antropocéntrica. El hombre es el centro de la de la cosmovisión, el hombre es la medida de todas las cosas, o sea, es esa visión en la que todo se reduce al hombre. Pero lo curioso es que cuando se prescinde de Dios, el supuesto antropocentrismo de poner al hombre en el centro de todo, el hombre es la medida de todas las cosas, lo cierto es que no suele ser así, en la práctica, se demuestra que luego, cuando se niega a Dios, el que ocupa el lugar central no es el hombre: es la economía, es la tecnología, son las ideologías. Lo cierto es que no está el hombre en una sociedad sin Dios, no es el hombre el que está en el centro, lo que está en el centro es la economía, lo que está en el centro son las tecnologías. El hombre no es el centro cuando le hemos desplazado a Dios.

Por eso, entre estas dos visiones, la Teocéntrica y la Antropocéntrica, a ver, nosotros creemos en la visión Teocéntrica, que Dios es el centro y el fundamento de la realidad. Y en eso compartimos con las grandes religiones monoteístas, con el islam y el judaísmo, esa visión teocéntrica.

Pero introducimos un matiz muy importante, que es el cristocéntrico, o sea, Dios está en el centro de la cosmovisión de la existencia, sí, pero añadimos a esto que, como Dios se ha hecho hombre en la Encarnación, entonces Dios también ha introducido al hombre en ese centro de la explicación de la existencia, también Dios ha puesto al hombre como clave de comprensión de la existencia. El hombre es el rey de la creación, el hombre redimido por Jesucristo está redimido a imagen de Jesucristo. O sea, que nosotros somos cristocéntricos, nosotros creemos en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, desde el cual nos abrimos a entender la existencia como un plan de Dios que tiene a Jesucristo como el modelo, como la clave de comprensión.

El plan de Dios es recapitular todas las cosas en Cristo, ojo a esta expresión "recapitular todas las cosas en Jesucristo", esta expresión está en la Carta a los Efesios, en el Himno de la Carta a los Efesios, capítulo primero, que es maravilloso y que os lo voy a leer, esto es un himno cristocéntrico donde los haya, la cosmovisión del mundo se entiende desde Jesucristo, dice:

"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido hijo, redunde en alabanza suya. Por este hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con

nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad". Ojo ahora: "Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra."

O sea, que es un himno maravilloso, os encomiendo que lo leáis, está en el primer capítulo de la Carta a los Efesios. Un himno en el que nos explicamos desde un plan que Dios Padre tenía en Jesucristo, Dios pensó en nosotros viendo a su hijo Jesucristo, y nos creó para que fuésemos imagen de Cristo y para que todo el mundo se recapitulase en Cristo, para que fuésemos otro Cristo viviente, fuésemos imagen y semejanza de su hijo Jesucristo.

Bueno, por lo tanto, quiero concluir esta primera arrancada de esta reflexión, insisto y **resumo**: creemos en Jesucristo no al modo como una guinda de un pastel que se coloca ahí al final para adornar, no, sino creemos en Jesucristo a modo de una piedra angular, que es el fundamento de todo lo que existe, la piedra angular de un edificio, esa piedra en la que se apoya todo. Estamos llamados a crisificarnos, a crisificarnos y a crisificar el mundo, a crisificar la familia, a crisificar el trabajo, a crisificar el ocio, a crisificar la ciencia, a crisificar el arte. Esta es nuestra visión cristocéntrica.

Como presentar la figura de Jesús a nuestra cultura secularizada.

Entonces doy un paso más, a ver, cómo presentar la figura de Jesús a nuestra cultura secularizada.

Voy a partir de un episodio de partida que está en de los Hechos de los Apóstoles 3, van a entrar en el templo Pedro y Juan, y entonces allí se encuentran un pobre que les está pidiendo limosna, dice: "*Pedro se quedó mirándolo con Juan a su lado y le dijo: "míranos". Clavó los ojos en ellos esperando que le darían una limosna, pero Pedro le dijo: "No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda"*". Es un episodio paradigmático, ¿por qué? porque, fijaros, ese hombre pide una cosa y recibe otra distinta. Hay que asumir, que existe un desajuste entre lo que el mundo nos pide y lo que el Evangelio nos ofrece, aquel mendigo pedía una limosna, pero Pedro y Juan no le dan la limosna, le dan algo diferente, muy superior, le dice: "levántate y anda". Esto es una constante, esto es una constante, hay un desajuste entre lo que nosotros pedimos, creemos que necesitamos para nuestra felicidad, y lo que Jesucristo nos da, Jesucristo nos da lo que necesitamos, que no siempre coincide con lo que le pedimos o lo que le pedimos. El caso es que, en este caso, en este episodio que he leído, el verbo utilizado es "levántate", es decir: "Levántate, resucita a una vida nueva, vive una vida nueva".

Otro episodio paradigmático es el de ese paralítico que es descolgado en su camilla desde el techo, que está en San Marcos 2, cuando consiguen allí ponerle, por la multitud de la gente no se le podía meter por la puerta, cuando consiguen descolgar por el techo, le

ponen delante de ellos y entonces Jesús, para sorpresa de todo el mundo, dice: "*Tus pecados están perdonados*". Perplejidad, a ver, que se venía a otra cosa, venía a que le curasen de su parálisis, y Jesús va y le dice: "*Tus pecados están perdonados*", a ver qué ocurre aquí ¿no?, a ver, esto es una constante. Incluso fijaros una cosa, es verdad que Jesús realizó curaciones, Jesús curó a ese paralítico, pero curó a algunos enfermos, no a todos los enfermos, realizó algunas resurrecciones, pero pocas, y, además, a los que curó, luego volvieron a enfermar al cabo de un tiempo y la segunda vez ya no tuvieron ese milagro de curación, y cuando Lázaro resucita, sí, pero luego Lázaro falleció, cuando falleció ya no estuvo Jesús ahí. Luego fijaros, lo determinante, lo que Jesús quiere darnos es algo superior a lo que nosotros estamos deseando, Él ofrece la salvación eterna y nosotros no siempre lo valoramos suficientemente.

En el discurso del Pan de vida, que está en San Juan 6, Jesús dice: "*En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros*", me estáis siguiendo porque, como hice la multiplicación de los panes, pues estáis esperando que de nuevo os dé de comer. Pero dice: "*No trabajad por el alimento, que perece, sino por el alimento que perdura hasta la vida eterna*", O sea, ahí siempre digamos que un desajuste, que Jesús quiere educarnos en desear y en abrirnos a acoger los bienes superiores, los bienes de la salvación, dicho de otro modo, Jesucristo no ha venido a este mundo para contentar los deseos del hombre, sino para educar nuestros deseos y para que aprendamos a aspirar a los bienes eternos, a los bienes definitivos, a los bienes aquellos en los que verdaderamente nos jugamos la felicidad.

Pero a veces hacemos un Jesús que como si viniese a saciar nuestros caprichos ¿no?, con frecuencia presentamos un Jesús complaciente y adaptado a nuestras aspiraciones, un Jesús que se adapta a las aspiraciones del hombre de la época, del momento, de la circunstancia histórica, pero es una manipulación del Evangelio. Por ejemplo, manipulamos el Evangelio cuando cercenamos las páginas evangélicas en las que se habla del juicio eterno, de la posibilidad de la salvación o de la condenación, Jesús habla mucho de eso en el Evangelio y, a veces, esas páginas las pasamos rapidito ¿no?, porque nos parece que son páginas que chirrían con la sensibilidad actual. O, por ejemplo, las páginas del Evangelio que hablan de la gravedad del rechazo de la fe: "*El que cree se salvará, el que no cree será condenado*", entonces eso chirría y pasamos esas páginas rápidamente porque, bueno, porque lo que hoy en día se lleva es decir: "Bueno, lo importante no es tener fe o no tener fe, lo importante no es creer o no creer, sino ser una buena persona", con mucha frecuencia hacemos una lectura de la figura de Jesús cercenándola de su autenticidad ¿no?, y más o menos adaptándola a la sensibilidad del momento.

Entonces, vamos a ver, una pregunta un poco de pedagogía en la forma de evangelizar: ¿debemos de adaptar la figura de Jesús a sus destinatarios?, ¿hay que adaptarla o no?

Bueno, por una parte, forma parte de la Sagrada Escritura, hay alguna referencia sobre la importancia de la pedagogía, por ejemplo, San Pablo cuando habla a los Corintios, 1 Corintios 3,1-3 dice: "*Tampoco yo, hermanos, pude hablaros como a espirituales, sino*

como a carnales, como a niños en Cristo. Por eso, en vez de alimento os di a beber leche, pues todavía no estabais para más". O sea, a ver, aquí San Pablo habla de que a los Corintios, en una primera catequesis, San Pablo les había hablado como a niños más que como a adultos. Les había hecho un primer anuncio porque todavía sabía que no estaban maduros para un anuncio más pleno. Bien, este pasaje existe en la Sagrada Escritura, aunque también luego continúa diciendo: *"Aunque tampoco lo estáis maduros ahora, pues seguís siendo carnales. En efecto, mientras haya entre vosotros envidias y contiendas, ¿no es que seguís siendo carnales?"*. O sea, es que en el fondo siempre somos inmaduros, y si estamos esperando a que maduremos para que nos prediquen el Evangelio de Jesucristo, pues es que no vamos a madurar nunca, eso también lo dice ese texto.

Por lo tanto, hay que decir que la figura de Jesús debe de presentarse en toda su altura y profundidad, no podemos conformarnos con un Jesús a la moda, no podemos hacerlo. Habrá que hacer, sí, porque una presentación pedagógica de Jesucristo es aquella que primero anuncia el kerigma, lo lógico es empezar por el anuncio del kerigma. Lo lógico no es comenzar por el anuncio de la moral, no, lo lógico es como hizo Jesús con la mujer samaritana, comenzó anunciándole que esa sed que ella tenía solamente Dios podía saciarla, y luego, después de que le había hecho ese gran anuncio y de que Jesús es el agua viva que sacia su sed, finalmente salen también sus problemas de moral, que esa mujer tenía no sé cuántos maridos y que tenía que reformar su vida. Pero hay un orden en el anuncio, primero se anuncia el kerigma que sale a responder a la sed de felicidad que esa mujer tiene.

Pero hay que decir que lo que no sería correcto, lo que no sería aceptable, es que el misterio de Jesucristo lo explicásemos, por ejemplo, pues: "ahora vamos a hablar de Jesús únicamente como hombre, y cuando ya hayamos ido adentrándonos en la Teología, hablaremos de Jesucristo como Dios". No, eso no es aceptable, no podemos posponer determinados elementos de nuestra fe en Jesucristo, pues como si no se pueden predicar directamente en un primer momento, nosotros predicamos a Jesucristo, Dios y hombre verdadero, desde el primer momento.

Tampoco sería aceptable elegir las palabras del Evangelio que consideramos más comprensibles para la mentalidad del mundo, por ejemplo, las enseñanzas sapienciales de las parábolas, que eso es más fácilmente entendible, y que dejemos para los adelantados o para los que saben Teología pues el sentido de la muerte y resurrección de Jesucristo. Pues no, la presentación de la muerte y resurrección de Jesucristo tiene que formar parte del primer anuncio, del primer anuncio de Jesucristo. No se puede pretender presentar la figura de Jesús adaptándola a la sensibilidad del mundo.

En realidad, estamos llamados a evangelizar el mundo, no a mundanizar el Evangelio, tenemos que tener esta fuerza, esta parresía, esta valentía de evangelizar el mundo.

Y, además, si hiciésemos eso, si adaptásemos la figura de Jesucristo a la sensibilidad del mundo, estaríamos traicionando no solo el mensaje de Jesucristo, sino incluso, me atrevería a decir, la misma pedagogía de Jesucristo, porque Jesucristo la verdad es que no

fue complaciente, no se ahorró choques y problemas pues, por ejemplo, con los fariseos y con los escribas, a ver, Jesús chocó con ellos. O, por ejemplo, cuando Él predica el discurso del Pan de vida: *"El que no come mi carne y no bebe mi sangre no tiene vida eterna"*, mucha gente se escandalizó ante esas preguntas y comenzaron a marcharse, y entonces, ¿Jesús qué les dijo? ¿"No os marchéis, no, voy a explicarme mejor"? no les dijo eso, les dijo: *"también vosotros queréis marchar, pues marcharos"*. O sea, a ver, Jesús tuvo una pedagogía, una pedagogía con una gran parresía, con una gran fuerza en su proclamación, no buscó la complacencia, no la buscó.

Por lo tanto, no podemos de alguna manera, empobrecer la figura de Jesucristo por presentarla con la excusa de que sea más pedagógica para presentarla al mundo de hoy, no, tenemos que proclamar el kerigma con toda su fuerza: Cristo entregó su vida por nuestra salvación, por el perdón de nuestros pecados, y luego desde ese kerigma anunciar el conjunto de la doctrina evangélica.

Cristología y Soteriología

Bien, por lo tanto, decíamos que aquí la cuestión es el cristocentrismo.

Hay dos cuestiones fundamentales que deben de estar presentes desde el principio en el anuncio de Jesucristo y que no se pueden posponer, que tienen que estar presentes desde el principio, que son: la identidad de Cristo ¿quién es Jesús?, y en segundo lugar su misión ¿a qué ha venido Jesús al mundo?, que es la cristología y la soteriología. La cristología responde a la pregunta de quién es Jesús, y la soteriología responde a la pregunta de por qué Dios se ha hecho hombre. Son las dos cuestiones fundamentales.

1) La Cristología: la identidad de Cristo ¿quién es Jesús?

Vamos a la primera, a la pregunta sobre la identidad de Jesucristo, la Cristología. Aquí es clave, hay una centralidad de la Encarnación, Jesucristo es el Dios encarnado, el Dios hecho hombre.

A veces hemos cometido el error de decir: "no, no podemos empezar por presentar una cristología descendente", a ver, cojamos el Evangelio, cogemos el Prólogo del Evangelio de San Juan, claramente, claramente, se comienza por hablar de una cristología descendente: *"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"*. Y esta afirmación central del cristianismo de que Jesús es Dios hecho hombre, el Dios encarnado, es totalmente singular, no hay ninguna otra religión que haga una afirmación como esta.

Y esto nos tiene que sacar del virus del relativismo que está tan extendido en nuestra cultura porque, a veces, por ejemplo, pues en nombre del pluralismo religioso, se dice que todas las regiones son sustancialmente iguales ¿no?, Jesús es como un salvador

más, y, obviamente, no podemos aceptar tal afirmación. Nosotros valoramos todas las semillas positivas existentes en las demás religiones, especialmente las religiones monoteístas, el Concilio Vaticano II nos ayuda a reconocer todas las semillas de verdad existentes en las otras religiones, pero afirmamos que Jesús es el enviado del Padre, es el revelador del Padre, el cristianismo es una religión de revelación, Dios se ha revelado, Dios ha elegido un camino para llegar al mundo, y ese camino que ha elegido es Jesucristo, es el Dios encarnado para la salvación del mundo, no hay otro nombre en el que podamos ser salvados.

Fijaros, nosotros creemos, así lo dice el Concilio Vaticano II, que quienes con fidelidad a su conciencia sean creyentes de otras religiones podrán salvarse, incluso dice el Concilio Vaticano II, que puede haber agnósticos que no tengan culpabilidad de su ateísmo y que en la fidelidad a su conciencia podrán salvarse. Ahora bien, todos ellos, los creyentes de otras religiones y esos agnósticos, cuando acaben sus días y cuando se presenten delante de Dios, sabrán que quien les ha salvado ha sido Jesucristo. Jesucristo es el Salvador de todos, no sólo de los que creemos en Él, incluso de los que no creen en Él, Jesús es el Salvador, el único Salvador, no hay otro nombre por el que podamos ser salvados.

Entonces la afirmación de la Encarnación es clave: Jesús es preexistente; el Prólogo del evangelio de San Juan, el Himno de los Filipenses: "*Siendo de condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó*"; El comienzo de la Carta a los Hebreos: "*De muchas formas habló Dios a los hombres, pero en esta etapa final nos ha hablado por Jesucristo*"; El Himno de los Colosenses; Todos estos himnos a los que me estoy refiriendo hacen referencia a la preexistencia eterna de Jesús, es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad hecho hombre.

Por lo tanto, yo he dicho al comienzo ¿no?, he puesto como título de esta reflexión que la crisis que estamos viviendo es una crisis de cristología, porque en buena medida hemos sustituido la Cristología por la Jesusología, sí, por la Jesusología. Porque claro, pues porque nos parece que es como muy simpático, como muy fácil presentar a Jesús como un sabio, como un maestro, como un relatador de parábolas, de enseñanzas sapienciales al estilo de Tagore, etcétera, a ver, Jesucristo es mucho más que eso. Creo que un gran error es sustituir la Cristología por la Jesusología, olvidándonos de su condición divina, por eso creo que un signo de una sana Cristología es introducir también los títulos cristológicos en nuestra forma de dirigirnos al Señor, Jesús es Jesús de Nazaret, pero al mismo tiempo es el Señor, es el Cristo, es Jesucristo, es el Hijo de Dios. Todos esos títulos cristológicos son muy importantes, y a veces los hemos dejado de un lado para hablar exclusivamente de Jesús de Nazaret, que obviamente, Jesús de Nazaret pues es el título que le puso Benedicto XVI a sus libros de Cristología, pero el problema está en la reducción de la Cristología a la Jesusología.

2) La Soteriología: ¿A que ha venido Jesús al mundo? ¿Por que Dios se ha hecho hombre?

Y, en segundo lugar, he dicho que hay dos cuestiones fundamentales que tienen que estar presentes en el misterio de Cristo desde el inicio, una es su identidad, Él es el verbo encarnado, el Dios que ha venido en nuestra búsqueda, la iniciativa es suya, la iniciativa es suya que ha salido a nuestro encuentro.

Y la segunda afirmación, el misterio central de para qué ha venido al mundo, el de la soteriología, ha venido al mundo para nuestra salvación. Su pasión, muerte y resurrección no tienen otra explicación que la de dar su vida por nuestra salvación, por nuestra salvación.

Jesús es el Salvador, y esto supone tener conciencia de nuestro pecado, de nuestra condición pecadora, sin la cual, si no tenemos conciencia de mi condición pecadora, ¿qué significa decir que Jesús es mi salvador? a ver ¿de qué me salva si yo no soy pecador? ¿de qué me salva? Es que hemos perdido nuestra conciencia de pecadores y la misma redención de Jesucristo nos abre los ojos: si así de cruenta ha sido la pasión de Cristo por la que Él entregó su vida por nuestra salvación, nuestros pecados tendrán más gravedad de lo que suponemos ¿no?, no puede ser que nosotros quitemos importancia a nuestra condición pecadora como si fuesen unos defectillos ¿no?, "bueno, no pasa nada" un momento ¿no?

Entonces, siendo esto así, yo recuerdo que en una ocasión le dije a un joven, siendo yo entonces párroco en Zumárraga, me acuerdo que un joven me dice: "Yo soy una buena persona, yo no hago ni daño a nadie, yo soy buena persona". Y entonces me acuerdo que yo le dije: "Bueno, qué bien ¿no?, qué suerte tienes, porque claro, entonces ¿tú no necesitas de Jesús? ¿no?, porque entonces Jesús no murió por la salvación de tus pecados ¿no?, tú no necesitas de la muerte de Jesús". Entonces, claro, el chaval se dio cuenta de que la consecuencia de su afirmación primera era tremenda, que se estaba desheredando de la redención de Jesucristo, y el pobre me dijo: "No, espere un momento, un momento, vamos a repensar lo que he dicho, vamos a repensarlo". A ver, somos pecadores y Jesucristo es nuestro redentor, es mi redentor, mi redentor.

Entonces esto es algo clave: tenemos que anunciar desde el primer momento que Jesús es mi Salvador, es mi redentor, porque el hombre, sin la salvación de Dios, no tiene la capacidad de superar su condición pecadora. Su destino, su destino lógico es la condenación, es la perdición si no es salvado, si no es rescatado por Cristo.

Esto también nos ayuda, por ejemplo, a celebrar la Eucaristía, la Eucaristía como el sacrificio de Cristo actualizado sacramentalmente y ofrecido al Padre por nuestra salvación. Es que a veces hemos hecho de la Eucaristía una fiesta de hermanos en esa dimensión de banquete, de convivencia entre nosotros, que claro que también es una dimensión real de la Eucaristía, pero es que nos hemos olvidado del aspecto sustancial de la eucaristía, que es el aspecto sacrificial: Cristo ofrece su vida al Padre

por nuestra salvación. *"Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros"*, decimos en la consagración, en el momento álgido de la Eucaristía, *"Mi cuerpo que se entrega por vosotros"*, *"Esta es mi sangre derramada por el por el perdón de vuestros pecados"*. A veces también hemos secularizado la Eucaristía, la hemos secularizado, la hemos convertido en una fiesta de encuentro, de celebración, pero quitándole todo el dramatismo en el que Jesús actualiza sacramentalmente la entrega de su vida por nuestra salvación.

Crisis Cristológica - Crisis Eclesiológica

En definitiva, creo que la crisis que padecemos, y cuando digo que padecemos me refiero en el seno de la Iglesia, me refiero en nuestra sociedad secularizada, **es una crisis Cristológica**. Se disfraza esta crisis de un debate de cómo acercarse al mundo, pero en el fondo es una crisis Cristológica.

Nos centramos en cuestiones que son que si el debate sobre la moral sexual, por ejemplo, que es el tema estrella, pero que, en el fondo, en el fondo la crisis es Cristológica. El debate de la moral sexual en el fondo lo que esconde es un asumir los postulados de este mundo y avergonzarnos del Evangelio de Jesucristo, que es contracultural, a ver, el Evangelio de Jesucristo es contracultural.

Por ejemplo, fijaros cuando a Jesucristo le hacen la pregunta: *"¿Es lícito divorciarse de una mujer por cualquier motivo?"*, a ver, es que resulta que, en aquel tiempo, en tiempos de Jesús, había dos escuelas: unos que decían que se podían divorciarse por cualquier motivo, y otros por motivos graves. Entonces a Jesús le dicen: *"¿tú de cuál de las dos escuelas eres? ¿de los de divorcio sí por cualquier motivo o de divorcio sólo por motivos graves?"*. Y Jesús respondió con contundencia, Jesús dijo: *"En el principio Dios los creó hombre y mujer para siempre"*. A ver, el Evangelio es contracultural, y estaba Jesús hablando a una sociedad en la que se admitía el divorcio, se admitía el divorcio. O sea, Jesús habló con esa libertad, es decir: *"pues perdonad que os diga, pero no estoy de acuerdo ni con unos ni con otros, sino que el matrimonio es indisoluble"*. Entonces, cuando abrimos un debate supuestamente, pues sobre la moral sexual o lo que fuera, en el fondo estamos olvidando que el **Evangelio es contracultural**.

Y detrás de la crisis de la moral **hay una crisis eclesiológica**. A ver, ¿qué es la Iglesia? la iglesia es el Cuerpo Cístico de Cristo que ha recibido la vocación de custodiar la revelación de Jesucristo y de transmitirla a todas las naciones en fidelidad a Jesús o, por el contrario, la Iglesia es el conjunto de los creyentes que se reúnen para decidir qué les parece prudente formular en su fe adaptándose al devenir histórico-cultural. ¿Cuál de las dos cosas es la iglesia? A ver, porque una u otra: o es el cuerpo místico que ha recibido una vocación de Jesús de custodiar un mensaje y transmitirlo, o es una reunión de creyentes que se deciden para reunir en qué tienen que creer, en qué les parece prudente creer en este momento histórico.

Pero, fijaros bien, lo que pocas veces llegamos a comprender es que la crisis Cristológica está detrás de la crisis eclesiológica: ¿Quién es Jesús? ¿Es un mero profeta que luchó contra las injusticias de su tiempo revelándose frente a la casta de los poderosos, que es un poeta de la compasión que nos enseña a tener buenos sentimientos?, o ¿Jesús es el hijo único del Padre enviado al mundo para revelar el misterio escondido de Dios, llevando a cabo la obra de la redención de los pecados para la salvación eterna y fundando una Iglesia para continuar su labor de salvación en el mundo?

A ver, detrás de la crisis eclesiológica hay una crisis cristológica en la que a Jesús le confesamos como un gran profeta, como un personaje atrayente, pero no llegamos a reconocer su identidad divina y no llegamos a confesar su acción redentora: la de la salvación de nuestros pecados. ¿Jesús es simplemente el personaje más atrayente de la historia de la humanidad? o ¿Es el Dios hecho hombre que se ha constituido en mi salvador? Este es, sin duda, el tema clave.

Por eso yo me he atrevido a decir: a ver, Jesús es nuestra esperanza, esta crisis es cristológica y vamos a salir de esta crisis sencillamente confesando a Jesucristo en toda su plenitud, confesando la fe cristológica en toda su plenitud.

Crisis Cristológica – Crisis Antropológica

Bueno, aunque sea muy brevemente, voy a añadir un breve excursus: detrás de la crisis antropológica de nuestros días también hay una crisis cristológica.

Me refiero a la crisis antropológica en la que hemos llegado a perder la conciencia de quién soy yo, la crisis de identidad en todos los sentidos. O sea, estamos en una crisis muy fuerte de sentido, el hombre ha perdido la conciencia de su identidad.

Bueno, pues fijaros bien "No sé quién soy", a esta pregunta hemos llegado tras haber dado la espalda al examen de conciencia que nos confronta con Dios, a cuya imagen y semejanza hemos sido creados.

La revisión de vida cristiana, o lo que también se llama el examen de conciencia cristiano, parten de una petición dirigida al Espíritu Santo de que nos conceda el don de conocernos a nosotros mismos como Dios nos conoce, es decir, conocernos a la luz de la mirada de Jesús. San Hipólito decía: "*Conócete a ti mismo mediante el conocimiento de Dios que te ha creado*", y Santa Teresa de Jesús decía: "*A mi parecer, jamás acabamos de conocernos si no procuramos conocer a Dios*". Es decir, ¿quieres conocerte a ti mismo? conoce a Jesucristo, y en Jesucristo descubrirás tu identidad, descubrirás la madurez a la que has sido llamado y tus crisis de identidad, tus crisis de sentido, se superarán conociendo a Jesucristo.

Por eso me atrevo a decir: detrás de nuestras crisis antropológicas, psicológicas, también hay una crisis cristológica de que no conocemos a Jesús. En él se revela la identidad del

hombre. No sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa, que no sabemos lo que nos pasa porque no estamos con nuestros ojos fijos en Jesús, y en Él el hombre se descubre a sí mismo.

Entonces, pues deciros lo siguiente, que estamos llenos de heridas, estamos llenos de heridas, pero la clave está que las heridas las llamemos heridas, y le permitamos a Jesús que sane nuestras heridas. Lo malo es que, a veces, a nuestras heridas les llamemos derechos, claro, si yo le llamo derechos a mis heridas, entonces la he fastidiado, claro.

Jesús nos ha sanado, "*Sus heridas nos han curado*" dice la Primera Carta de Pedro, "*Sus heridas nos han curado*", Jesús es nuestro sanador, porque el corazón del hombre no es de quien lo ha roto, el corazón del hombre es de quien lo ha reparado. Nuestro corazón es de Jesucristo, que ha reparado nuestras heridas, es nuestro Redentor. Por eso tenemos esperanza en Jesucristo, Jesucristo es nuestra esperanza, y en Él superaremos las crisis antropológicas, las crisis de la moral, las crisis eclesiológicas, las crisis de secularización.

Creo, verdaderamente que la clave está en Jesucristo, porque es la piedra angular, porque no es un elemento que añadimos a modo de un adorno, no, es la clave de comprensión de la existencia, por eso le reconocemos como nuestro Salvador y nuestro Redentor.